

Desgracia, de J. M. Coetzee

Tania Jiménez Macedo

A finales de 2003 Editorial Mondadori publicó en nuestro país *Desgracia*, la magnífica novela de J. M. Coetzee,¹ que ya había sido lanzada al mundo hispánico por esta misma casa editorial desde el año 2000. Esta primera edición mexicana nos ofrece el gran pretexto para referirnos brevemente a uno de los grandes escritores de esta época encabalgada entre dos siglos, y a una novela necesariamente surgida de una era convulsionada, contradictoria e inestable como la que vive el hombre actual.

Nacido en Sudáfrica en 1940, Coetzee es profesor de literatura en la Universidad de Ciudad del Cabo. De unos cuantos años a la fecha ha logrado prestigio y reconocimiento mundiales con la publicación de una decena de obras narrativas: *En medio de ninguna parte* (1977); *Esperando a los bárbaros* (1980); *La vida y la época de Michael K.* (1983); *La edad de hierro* (1990), entre otras, así como de trabajos de crítica literaria: *White Writing: On the Culture of Letters in South Africa* (1988); *Stranger Shores: Literary Essays* (1986-1999), entre otros. Es de dominio público que Coetzee obtuvo en 2003 el premio Nobel de literatura, pero años antes ya había sido galardonado con otras importantes distinciones debido a la calidad literaria de sus obras, como el premio Booker que le fue otorgado en dos ocasiones (caso único en la historia de este galardón) por *La vida y la época de Michael K.* (1983), y por *Desgracia* (1999).

Alegoría trágica de la vida en la Sudáfrica posterior al *Apartheid*, *Desgracia* revela, a través de la mirada aguda y escéptica de su autor, las profundas paradojas de una sociedad que aún no acaba de abandonar las prácticas de un sistema totalitario que ha mantenido a la población controlada y sometida mediante la violencia, la censura a las ideas, las emociones y los modos de conducta; que no ha aliviado siquiera las necesidades básicas de la gente, y que, al mismo tiempo, sigue propiciando el choque cultural de los grupos étnicos (europeos y nativos) que componen el crisol social tan heterogéneo y complejo como el que da movimiento a este país africano.

En *Desgracia*, Coetzee relata la historia de un profesor universitario de cincuenta y dos años, David Lurie, quien ha llegado a un momento culmi-

¹ J. M. Coetzee, *Desgracia*. México, Mondadori, 2003.

nante de su existencia, en la que se halla sumergido en una cómoda y tranquila monotonía —una suerte de vejez prematura—, cuando una serie de infortunios llega a romperla violentamente; esto habrá de afectar y cambiar la visión que tiene de sí mismo, de su entorno y sus conceptos acerca de la sexualidad, la justicia, la mujer, la paternidad y el amor. A partir de la acusación de acoso sexual de una alumna y ex amante suya, el profesor Lurie se ve expuesto a la humillación y condena públicas, el despido consecuente de la institución donde trabaja y la pérdida de todas sus prestaciones como académico. Exiliado de su comunidad y del mundo urbano, Lurie emigra al campo en busca de su hija, Lucy, quien es propietaria de una pequeña granja de hortalizas y de un asilo de perros. Allí habrá de enfrentar una violencia más atroz que la de la ciudad y, como dice Carlos Fuentes, “a un silencio peor que el de cualquier censura académica o política”.²

La novela muestra una estructura dialéctica, y a través de ella el autor plantea el enfrentamiento de dos mundos polarizados, la ciudad y el campo, cuyos habitantes parecen ostentar formas de pensamiento y de conducta completamente opuestas. Civilización y barbarie, vida intelectual y vida rústica, Europa y África conviviendo y desviviéndose en un solo ámbito en el que el otro, cualquier otro, blanco o negro, es el enemigo. No obstante, las criaturas que habitan estos mundos tan distintos, paradójicamente son iguales en esencia: complejas y contradictorias, sumidas en el mismo vacío existencial y presas de una soledad lacerante. Los personajes son seres agresivos y desconfiados, incapaces de comunicarse con sus semejantes; por eso no es extraño que estos seres aislados, rodeados de un mar de silencio e incompreensión, no encuentren otra forma de romper su propia reclusión y escapar de sus miedos —y responder así a las presiones sociales que exigen, por ejemplo, ser un trabajador eficiente, un buen proveedor para la familia, una mujer que cumpla con su misión de madre, en fin, un “ejemplo social”—, más que a través de una conducta egoísta y cruel. De esta manera, la convivencia en comunidad se vuelve insoportable y llena de sucesos desagradables. Así, por un lado, el espacio universitario, representante del mundo urbano, lejos de ser el sitio máximo de las aspiraciones humanas en cuanto a libertad y civilización, un templo destinado al intercambio de ideas y de conocimientos, de formación intelectual y de proyectos para el desarrollo científico y humanístico, en fin, una fuente de desarrollo social, es paradójicamente un microcosmos que refleja el comportamiento sañudo y canibalesco de la sociedad de fuera: prevalecen las envidias profesionales, las venganzas,

² Carlos Fuentes, “Desgracia y fortuna de J. M. Coetzee”, en *La Jornada Semanal*, 4 de junio de 2000, <<http://www.jornada.unam.mx/2000/jun00/000604/sem-fuentes.html>>.

los ajustes de cuentas, la doble moral y el dedo flamígero que acusa y condena en un sólo movimiento a aquel que se ha atrevido a desviarse del canon de conducta establecido:

Es la trituradora de las habladurías, piensa, que no para de funcionar de día ni de noche, y que hace trizas cualquier reputación. La comunidad de los rectos, de los que tienen toda la razón, celebra sesiones de cada esquina, por teléfono, a puerta cerrada. Murmullos maliciosos. Shadenfreude. Primero, la sentencia; luego ya vendrá el juicio”.³

Por otro lado, en la campiña, el individuo no escapa a la misma condena de asumir alguna de las funciones que dentro de esta sociedad antropofágica se establecen para todos los miembros: ubicarse en un estamento y cumplir con una función definida y definitiva, y resignarse por ello a un destino fijo e inamovible. Lucy, la hija del profesor Lurie, luego de un brutal ataque sufrido en su propia granja, acepta su situación de mujer violada mientras encubre con su silencio a los criminales. Después de pasar por un proceso de asimilación del acto violento, ella descubre que el ultraje es el precio que ha tenido que pagar por haber sido una mujer soltera, independiente y autosuficiente en un ámbito patriarcal e intolerante en el que las funciones masculinas y femeninas aún están muy delimitadas, y el valor de la mujer sigue fundamentándose en la maternidad, y su prestigio social en una relación de codependencia con un hombre. Así, reflexiona Lucy:

243

[...] ¿no crees que hay otra forma de ver las cosas, David? [...] ¿Y si ese fuera el precio que hay que pagar por quedarse? Tal vez ellos lo vean de este modo; tal vez también yo deba ver las cosas de este modo. Ellos me ven como si yo les debiera algo. Ellos se consideran recaudadores de impuestos, cobradores de morosos. ¿Por qué se me iba a permitir vivir aquí sin pagar? Tal vez eso es lo que se dicen ellos.

Ante un sino tan alevoso y arbitrario, el individuo consciente y lúcido (como Lurie, como la misma Lucy) se revela y lucha, y a pesar del entorno asfixiante trata de sobrevivir a toda costa, de conservar su individualidad y seguir sus convicciones, a veces por puro instinto de conservación, aun cuando pierda pasado y honores. Esto nos lleva a los temas recurrentes en la obra de Coetzee: el individuo confrontado al propio devenir de la realidad social, el sentido de la supervivencia y una búsqueda vehemente del sentido de la existencia.

Con una prosa diáfana que fluye como el agua, a veces mansa, a veces lacerante, la novela de Coetzee es profundamente reflexiva y cuestionadora.

³ J. M. Coetzee, *op. cit.*, p. 53.

Constantemente se interroga a sí misma, pasando y repasando asuntos que el hombre de todos los tiempos no acaba de explicarse: el sentido de la justicia, las vicisitudes del existir, los vínculos entre el placer y el dolor, la soledad del individuo, los rescoldos del amor, la conciencia de la muerte.

244 Un tema que llama particularmente la atención en *Desgracia*, y que es poco atendido por los novelistas contemporáneos, es el de los derechos de los animales. En Coetzee, los animales no forman solamente parte del ambiente, sino que son vistos como criaturas vivas, sensibles y emocionales, propensos como los humanos al sufrimiento y al amor a causa de los vínculos afectivos que ellos —como nosotros—establecen con sus congéneres y con los mismos seres humanos. En *Desgracia*, el protagonista, en la búsqueda de hallarle un sentido a su existencia, en la compañía de los perros y en la labor eutanásica dentro de un humilde consultorio veterinario, encuentra la esencia del amor y de la compasión que había perseguido en las relaciones humanas, eróticas y familiares.

Uno por uno, él lleva primero a los gatos y luego a los perros: los viejos, los ciegos, los tullidos, los impedidos, los tarados... pero también a los jóvenes, los sanos: a todos aquellos a los que les ha llegado la hora. Uno por uno Bev los toca, les habla, los acaricia, los consuela y los despacha, y se aparta un poco a contemplar cómo sella él los restos en un sudario de plástico.

Bev y él no cruzan palabra. A estas alturas, él ha aprendido, gracias a ella, a concentrar toda su atención en el animal que van a sacrificar, a darle lo que él ya no tiene dificultad alguna en llamar por su nombre propio: amor.⁴

Como toda novela, *Desgracia* ofrece la posibilidad de las múltiples lecturas; sin embargo, esta obra en particular es además una gran interrogante, lo que de hecho permite un diálogo permanente con el lector.

Abismal y ambigua, nos coloca en un estado de incertidumbre permanente. En ella no descubriremos ideas cerradas ni sentencias categóricas sobre las grandes verdades que el hombre ha tratado de indagar desde sus orígenes; la propuesta del autor es comenzar un camino que el lector acabará de completar. Por eso esta obra podría verse como una larga meditación de dos conciencias (autor y lector) acerca de la vida, la condición humana y la situación del individuo en un mundo cada vez más violento y deshumanizado.

⁴ *Ibid.*, p. 255.